

BEATRIZ KIRSAN

EL SUSURRO
DEL
MAL



2^a
Edición

El tiempo que pasa es la verdad que buye.

EDMOND LOCARD

La batalla está cerca, soldado. Pero ¿cuántas llevas libradas? Ya escuchaste el sonido de los bombardeos, viste aldeas ardiendo y caminaste sorteando fallecidos. También contemplaste a gentes transitando calles, a toda velocidad, en busca de la guarida más cercana. Hace un tiempo la guerra irrumpió en tu sueño, y no pudiste conciliarlo. Pasaste días sin comer manteniendo los pies fríos, las manos temblorosas y el corazón en un puño. Ahora caminas solo y perdido, sin dejar de esperar tu próxima batalla. Sabes que es la última, e incluso piensas que esta maldita guerra acabará.

1.

Madrid, septiembre de 1994

Nunca podré olvidar la mañana en que la imprescindible Petra llamó a la puerta de mi alcoba y me comunicó que emprendería una repentina marcha debido a molestos dolores musculares, artrosis y un sinfín de achaques que no quería sobrellevar a nuestro lado. Como si me hubieran echado un jarro de agua helada, acompañé a Petra al recibidor sin perder de vista la tristeza que mi padre derrochaba frente a dos maletas y una bolsa de viaje. Antes de que mi amiga, casi madre y empleada doméstica tomase sus pertenencias, tuve que abrazarla como jamás lo había hecho. A continuación, Álex dio un paso adelante y la estrechó entre sus brazos. Petra alcanzó el descansillo explicándonos lo emocionante que le resultaba emprender un largo viaje a Varsovia, su ciudad natal, que culminaría con un importante reencuentro. «Mi hermana Danuta me esperará en la estación», anunció, embargada por la emoción.

El frío me envolvió cuando, desde el ventanal, contemplé a Petra tomando un taxi. Con el corazón entumecido, regresé a la alcoba pensando que jamás podría olvidar a la persona que me había dedicado amor y atención a raudales durante catorce años, precisamente la edad que había cumplido unas cuarenta y ocho horas atrás.

2.

Una semana después de la marcha de Petra, el timbre de la casa sonó a primera hora de la mañana. Aquel jueves festivo tuve que levantarme porque mi padre se encontraba en Valladolid, reunido con el decano de la universidad donde impartía clases. A punto de alcanzar el *hall*, recordé que la mirilla de la puerta blindada seguía cuarteada, y la fractura me invitó a pensar si daría paso al desconocido que se encontraba al otro lado. Al abrir la puerta, vi a una mujer de mediana edad, pelo rubio y ojos azules que me sonrió. Se presentó como Dorina Koziok y me aclaró que era la nueva empleada doméstica recomendada por el colegio.

—¿Se encuentra Alejandro Breli en la casa, señorita Rebeca? —preguntó con acento extranjero, cargando con una bolsa de deportes.

Solicité a la extraña que aguardase unos instantes y atranqué el pasador. Rauda, me dirigí al salón para llamar por teléfono a Álex. Cuando le comenté el cariz de la si-

tuación, me explicó que, hacía unos días, había comentado a una monja del colegio que Petra nos había dejado.

—La hermana me dijo que enviaría a alguien de su confianza. Se me olvidó decírtelo, Rebeca.

La llamada se cortó, y regresé sobre mis pasos ansiosa por pedir disculpas a la señora que aguardaba al otro lado de la puerta. Abrí y mantuve cierta sonrisa, solicitando a la mujer que me siguiese. Sin dejar de pensar cuál sería su nacionalidad, le acompañé al cuarto de la plancha y le rogué que dejase sus pertenencias.

—¿De dónde es usted, Dorina? —me atreví a preguntar.

—Soy polaca —respondió, cerrando la puerta de la estancia.

Tan solo cinco minutos después, la señora Koziok regresó a la cocina vistiendo un clásico uniforme azul marino, con delantal ribeteado de encaje blanco y cofia a juego. Conteniendo la extrañeza que me provocaba contemplar el atuendo, le sugerí que no hacía falta que se vistiese así.

—Es lo conveniente, señorita Rebeca. ¿Me mostrará la casa?

—Sígame, Dorina.

Durante un aburrido itinerario a lo largo de doscientos metros cuadrados, no dejé de preguntarme por qué aquella mujer observaba con sumo interés armarios, estanterías e incluso cuadros.

—La casa es espléndida —consideró.

Al entrar en el salón, pregunté a la señora Koziok si comenzaría su labor en tan polvorienta habitación. Dis-

puesta, aceptó y me dijo que iría a por los productos de limpieza para comenzar la faena de inmediato. Aguardando su regreso, decidí que aquella mañana pesquisaría cada uno de sus movimientos. Oculta tras el reloj de pared del pasillo, advertí que desempeñaba los quehaceres del hogar mirando de reojo los compartimentos cerrados con llave. Y pude comprobar que las cómodas del salón, los armarios y las estanterías ejercían un extraño magnetismo sobre su atención.

Cuando el reloj dio dos campanadas, abandoné el escondite y me hice la encontradiza. Portando los útiles de trabajo, la señora Koziok me sonrió y regresó a la despensa. Una vez en la cocina, le sugerí que podríamos charlar frente a dos humeantes tazas de café.

—Tengo prisa. Otro día, señorita Rebeca —respondió, adentrándose en el cuarto de la plancha.

3.

Un borrascoso viernes, poco antes de que finalizase la jornada académica matutina, me encontraba en el aula escuchando cómo nuestra tutora comunicaba a un generoso grupo de alumnas que había de abandonar sus tareas escolares por circunstancias personales. Minutos antes de que el timbre sonase, Isabel nos explicó que una hermana perteneciente a la orden que regentaba el centro educativo la sustituiría en las labores de tutoría a partir del próximo mes. «No puede ser», pensé, escuchando el metálico timbre que anunciaba el final de las clases.

Alcancé el semáforo sin apenas observar la fuerza con la que el viento inclinaba el ramaje de los árboles del bulevar; aunque tampoco presté atención a las monjas que concurrían la calle, recolocándose hábitos que parecían estar a punto de echar a volar. Solo pude percatarme de las intimidantes miradas que me dedicaban dos temidas compañeras al otro lado del paso de cebrá: Claudia y Renata Noguerales. El tiempo parecía haberse detenido hasta que